

LA VIDA LITÚRGICA EN *CAMINO* (1932-1939).
SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ Y EL MOVIMIENTO LITÚRGICO

José Luis Gutiérrez-Martín

1. COORDENADAS TEOLÓGICAS DE UNA «EXPERIENCIA»: LA LITURGIA,
VIDA DEL CRISTIANO

Cuando en los años treinta del siglo XX san Josemaría Escrivá de Balaguer publicó por primera vez los «consejos» y «consideraciones»¹ que, poco más tarde, darían lugar a la edición de «Camino», su intención inmediata no era presentar un *sistema doctrinal* del ser y obrar cristianos sino, como refleja el título, un *itinerario* que condujera a una profunda vida de fe en el cotidiano quehacer personal.

En las páginas de «Camino», por tanto, no encontraremos, para ceñirnos a nuestro ámbito, ninguna *reflexión sistemática* acerca del ser de la liturgia, pero sí una *antropología litúrgica* —o, si se prefiere, una *vida cristiana* de matriz litúrgica— nacida de la experiencia de quien todavía era, por entonces, joven sacerdote.

Comentando el capítulo «Santa Misa», P. Rodríguez escribe: «siguiendo su estilo habitual —personalista, dialógico, incitante—, [el Autor] no dedicará estos breves puntos a “considerar” la *doctrina* sobre el sacrificio y el culto, sino su *sentido espiritual* [...] También en este capítulo, como en otros, y en general en todo el libro, el Autor presupone en el lector la fundamental catequesis católica acerca de la celebración eucarística. Ni una palabra en el texto sobre lo que *es* la

1. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*. [Prólogo] (edición crítico-histórica preparada por P. Rodríguez), Instituto Histórico Josemaría Escrivá, Rialp, Madrid 2002, p. 208. Agradezco al Prof. Pedro Rodríguez la cortesía de haberme permitido consultar, antes de su publicación, el imponente acopio documental y contextual de su edición. Su valiosa cooperación permitió que este trabajo, hasta ahora inédito, fuera pronunciado como conferencia en unas Jornadas con motivo del centenario de san Josemaría Escrivá.

Santa Misa. Esto, como digo, se presupone (...) “doctrinalmente”, se da por sabido. El Autor va a que se haga vida la doctrina. Doctrina y vida eucarística en las que, por otra parte, profundizaba con el estudio y la oración»².

Tal actitud no responde a una visión parcial, funcional o *espiritualista*, del hecho litúrgico. Para san Josemaría Escrivá, muy al contrario, la *experiencia*, más allá de una simple *coyuntura* existencial, es ya en sí misma un *lugar teológico* en el sentido más radical de la expresión, en cuanto *ámbito* del encuentro salvífico personal entre Dios y el hombre³. «Para Escrivá —afirma P. Rodríguez— [la experiencia] designa (...) el “lugar”, el “ámbito” en el que el Señor habla, se manifiesta y confirma su Palabra eterna»⁴. De aquí que la categoría de *experiencia* constituya una de las expresiones más características del horizonte espiritual y teológico del Autor de «Camino»⁵.

Dicha percepción implica, por sí sola, una genuina concepción *litúrgica* del ser y existir cristianos. En la noción de *experiencia* entra en juego, efectivamente, el fundamento último y la razón misma del ser de la liturgia, *misterio de comunión* en su acontecer como momento y lugar primordiales (*anamnesis*) de la comunicación actual de la Palabra de Dios al hombre (*epiclesis*) y de la respuesta del hombre a Dios (*doxología*). A su vez, el radical acontecer de la liturgia como *misterio de comunión* convierte a la *experiencia litúrgica* en fundamento y paradigma de toda experiencia humana de encuentro con Dios.

De este modo, la afirmación de la necesaria naturaleza litúrgica del *existencial* cristiano, propuesta en «Camino», presupone la conciencia implícita de una honda teología del culto, al incluir en la noción de *liturgia* no sólo el *fenómeno celebrativo*, sino también el *misterio* que le da su razón de ser, y la *vida* que de ella nace y a ella tiende⁶. Teología que, desde los atisbos del movimiento litúrgico a par-

2. P. RODRÍGUEZ, *Josemaría Escrivá de Balaguer: «Camino»*, edición crítico-histórica, Rialp, Madrid 2002, pp. 655-656.

3. Acerca del valor teológico de la *experiencia* en la reflexión contemporánea, vid. J. MOURoux, *L'expérience chrétienne. Introduction à une théologie*, Coll. Théologie 26, Aubier, Paris 1952; y J. RATZINGER, *Fede ed esperienza. Elementi di teologia fondamentale*, Morcelliana, Brescia 1986, pp. 81-95. Un buen *status quaestionis* de esta noción, en extremo compleja, en J. ALONSO, *Fe y experiencia cristiana: la teología de Jean Mouroux*, Pamplona 2002.

4. P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 470.

5. Cfr. *ibid.*

6. Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. *Sacrosanctum Concilium* n. 10.

tir de las primeras décadas del siglo XX (1909-1947)⁷, ha cristalizado en la acertada síntesis que, inspirada en el magisterio conciliar, recoge el Catecismo de la Iglesia, «es el *misterio de Cristo* lo que la Iglesia anuncia y *celebra* en su liturgia, a fin de que los fieles *vivan* de él y den testimonio del mismo en el mundo»⁸. En efecto, lejos de toda consideración reductiva, el verdadero ser de la liturgia sólo puede ser plenamente comprendido desde la articulación armónica de sus tres dimensiones inescindibles: misterio-celebración-vida⁹.

Recientemente, con otras categorías, J. Ratzinger ha expuesto una interpretación similar: «la liturgia [...] se caracteriza por la tensión con la Pascua histórica de Jesús (cruz y resurrección), su fundamento real. En la singularidad de este acontecimiento se ha constituido algo permanente que —y este es el segundo paso— por medio de la acción litúrgica se introduce en nuestro presente, y —tercer paso— quiere abarcar, a partir de aquí, la vida de los celebrantes, y en último extremo, toda la realidad histórica»¹⁰.

En tal perspectiva, la liturgia puede y debe ser *interpretada* —esto es, entendida y realizada— tanto como «misterio celebrado para la vida» o «celebración del misterio para la vida», cuanto como «vida que celebra el misterio».

Como ha escrito A. M. Triacca, la liturgia es «*integración del misterio de salvación en una acción litúrgica* (fuente) de santificación y de culto para la *vida* del fiel. Y *simultáneamente* es integración de la *vida* cristiana en una *acción litúrgica* (cumbre) a través de la cual el *misterio* se convierte en historia en el *hic et nunc* celebrativo»¹¹.

Pues bien, para san Josemaría Escrivá, la liturgia es, precisamente y ante todo, *vida*: participación existencial en el misterio de la

7. La cronología del movimiento litúrgico propuesta —convencional— abarca el periodo comprendido entre el *Congrès national des ouvres catholiques* (Malinas, Bélgica), primera manifestación pública de dicha corriente de renovación, y la encíclica *Mediator Dei* (Pío XII), documento que en cierto modo puso fin a las controversias desatadas con la misma.

8. CEC 1068.

9. Esta noción «integral» de liturgia ha sido desarrollada en diversos escritos por A. M. Triacca. Cfr. por ejemplo, A. M. TRIACCA, *Espíritu Santo y Liturgia. Líneas metodológicas para una profundización*: «Cuadernos Phase» 34, Barcelona, p. 23.

10. J. RATZINGER, *El espíritu de la liturgia. Una introducción*, Madrid 2001, pp. 81-82.

11. A.M. TRIACCA, *Participación*, «Nuevo Diccionario de Liturgia», Madrid 1987, pp. 1561-1562.

eterna e infinita comunión intratrinitaria en la mediación eclesial de la celebración del culto: «no olvides» —repetirá en más de una ocasión— «que la vida litúrgica es vida de amor: amor a Dios Padre, por medio de Cristo Jesús, en el Espíritu Santo, con toda la Iglesia, de la que tú formas parte»¹².

No es de extrañar, por tanto, que la liturgia constituyera, ya desde los primeros años de su sacerdocio, el centro del interés vital, espiritual y doctrinal de san Josemaría Escrivá¹³: «esta mañana» —anota, en 1931, en uno de sus cuadernos de apuntes íntimos— «pedí a Jesús (...) que me enseñe a vivir la Liturgia sagrada»¹⁴.

La experiencia de la liturgia como *vida* —tan característica de san Josemaría Escrivá— se encuentra, así, en íntima relación con un punto de capital importancia para la teología del culto propuesta por el *movimiento litúrgico*: el *fenómeno* litúrgico —el rito— no agota el *ser* de la liturgia. En efecto, si por una parte, la acción inmediata (*celebración*) sólo halla su auténtico significado y sentido en su carácter de «mediación» con el acontecimiento de Cristo que la fundamenta (*misterio*), por otra, está llamada a perpetuarse en la existencia cotidiana del cristiano¹⁵. Por ello, en cuanto estadio actual del misterio, la liturgia lleva en sí la exigencia de trascender el momento celebrativo para hacerse historia y convertirse en *vida*.

Como afirma A. M. Triacca, «la liturgia es el “Mysterium” [total, sintetizado en el Pascual] celebrado [justamente en la acción por excelencia: la celebración litúrgica] para la vida [del pueblo de Dios, del fiel en el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia]. Al mismo tiempo, la liturgia es la vida del fiel que culmina en la acción litúrgica para que

12. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, cit. en A. LIVI, *Renovación litúrgica: «Cristianos corrientes. Textos sobre el Opus Dei»*, Madrid 1970, p. 104. Vida de amor que llega hasta la *locura*: «¡Loco! —Ya te vi —te creías sólo en la capilla episcopal— poner en cada cáliz y en cada patena, recién consagrados, un beso: para que se lo encuentre Él, cuando por primera vez “baje” a esos vasos eucarísticos»: JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino* n. 438. El texto tiene carácter autobiográfico, a partir de un episodio acaecido el 22-XII-1937: cfr. P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 586.

13. Cfr. P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 650.

14. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Apuntes íntimos*, n. 431 (29-XI-1931), cit. en P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 651. Como ejemplo de la raíz litúrgica de la vida espiritual del Autor, el texto continúa con una cita y comentario de la *communio* (antífona de comunión) de la Misa del día.

15. Vid. J.L. GUTIÉRREZ-MARTÍN, *La liturgia, celebrazione del mistero di Cristo: «Studi Cattolici»* 436 (1997) 404-410, y *La liturgia, «mediazione» del mistero: «Studi Cattolici»* 452 (1998) 694-698.

el *Mysterium* se actualice en la Iglesia, para “renovar la faz de la tierra” y dar gloria a la Trinidad»¹⁶.

Misterio y vida no se agotan en la *celebración*. Si, por una parte, la plenitud del *misterio* —la absoluta trascendencia originaria del Dios trinitario: *silencio del misterio*— supera de por sí toda posible tematización suya en la historia —su revelación y actuación en el mundo: *Palabra del misterio*—, incluida su mediación en Cristo, la *vida* tampoco se reduce al momento celebrativo. Rechazar tal principio equivaldría, en última instancia, a caer en la «tentación» del *pan-liturgismo*, la absolutización indebida del rito —el signo—, olvidando su carácter relativo frente a la Palabra definitiva de Dios al hombre: Jesucristo¹⁷.

No obstante, mantenida dicha salvedad, en el actual momento de la divina economía *misterio y vida* se encuentran en una relación inescindible con la *celebración*, pues el *misterio* se manifiesta, se hace presente y se comunica, *hic et nunc*, en la mediación celebrativa; y la *vida* nace de ella y a ella tiende¹⁸. En efecto, el único *misterio*, manifestado, cumplido y comunicado en los *misterios de Cristo*, ha sido confiado a la Iglesia, que en sus *misterios de culto* los mantiene siempre presentes en la historia. La *celebración* litúrgica no es, por tanto, sino la «encarnación» —la «Palabra»— actual del *misterio* inefable de comunión eterna trinitaria, comunicado —por la participación en Cristo en la mediación simbólica del rito— en la *vida* de los fieles¹⁹.

Manifestación, presencia y comunicación constituyen, efectivamente, las dimensiones configuradoras de la categoría de *celebración litúrgica*²⁰. La «celebración» *re-presenta* —actualiza— el «misterio» en virtud de su carácter de acción *memorial (anámnesis)*²¹, y la «vida»

16. A.M. TRIACCA, *o.c.*, p. 23.

17. Aunque en otro contexto, ya el CONCILIO VATICANO II, Constitución *Sacrosanctum Concilium* n. 9, prevenía contra tal error: «la sagrada liturgia no agota toda la actividad de la Iglesia».

18. Cfr. CEC 1076. En una formulación sintética, con un juego de palabras, podríamos decir que, en la liturgia, misterio, celebración y vida, aunque no se «confunden», se «funden»: cfr. A.M. TRIACCA, *o.c.*, p. 23.

19. Cfr. el texto, ya citado, de CEC 1068.

20. Cfr. CEC 1076. Un desarrollo del tema en J.L. GUTIÉRREZ-MARTÍN, *La liturgia, presencia, manifestación y comunicación del misterio de Cristo. Hacia una comprensión auténtica del concepto de «celebración»*, «Vida Sobrenatural» 78 (1998) 48-58.

21. «La Liturgia —se lee en el Catecismo— es Memorial del Misterio de la salvación»: CEC 1099.

es comunicada a los fieles por su participación ontológico-existencial en las acciones de culto (*methexis*)²²; presencia y comunión que acontecen por obra del Espíritu santo (*epiclesis*), «memoria viva de la Iglesia»²³. Tal es el dinamismo teológico de las celebraciones litúrgicas²⁴.

La liturgia de la Iglesia se nos presenta, así, como un don gratuito de comunión de vida, un ofrecimiento de participación en Cristo —por la mediación sacramental— del misterio de la gloria trinitaria, resplandor de la santidad mutuamente ofrecida y acogida por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo²⁵.

Todo aquel que conozca, aunque sea superficialmente, la accidentada historia del «movimiento litúrgico», es consciente de las enormes dificultades que estos presupuestos teológicos han encontrado hasta su definitiva aceptación. Sorprende, por ello, la anticipación para su tiempo de algunas afirmaciones de san Josemaría Escrivá. Así, en las notas de predicación para unos ejercicios espirituales de finales de los años treinta, se lee: «—*La Misa, sacrificio del N. T.*: Representación de todos los misterios de Xto., tan viva y perfecta, que se renuevan y vuelven a efectuar misteriosamente en ella»²⁶; consideración de gran sintonía teológica y redaccional con los coetáneos y muy controvertidos desarrollos de la «doctrina de los misterios» que, acerca de la presencia siempre actual del misterio de Cristo en la liturgia, propuso O. Casel²⁷. De hecho, según anota P. Rodríguez,

22. Cfr. A. M. TRIACCA, *o.c.*, p. 24.

23. CEC 1099.

24. Doctrina que, con diversos acentos, está siempre presente en la teología litúrgica propuesta por el Catecismo de la Iglesia: «el poder transformador del Espíritu Santo en la Liturgia apresura la venida del Reino y la consumación del Misterio de la salvación. En la espera y la esperanza nos hace realmente anticipar la comunión plena con la Trinidad Santa. Enviado por el Padre, que escucha la epiclesis de la Iglesia, el Espíritu da la vida a los que le acogen, y constituye para ellos, ya desde ahora “las arras” de su herencia. La finalidad del Espíritu Santo en toda acción litúrgica es poner en comunión con Cristo para formar su Cuerpo» (CEC 1007-1108).

25. Cfr. J. L. GUTIÉRREZ-MARTÍN, *Celebrar la gloria del Padre: la dinámica trinitaria de la liturgia*. «Scripta Theologica» 31 (1999) 452.

26. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Ejercicios Espirituales*, Meditación «Nuestra Misa», Bergara 9-IX-1938; cit. en P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 656.

27. En relación con la discutida «doctrina de los misterios» del beneditino alemán O. Casel, J. Ratzinger piensa que «la teología de los misterios de Odo Casel [sería] tal vez la más fructífera idea teológica de nuestro siglo»: G. ROSAS, *El misterio de Cristo en el año de la Iglesia. El año litúrgico en O. Casel*, «Anales de la Facultad de Teología» 47, Santiago de Chile 1996, p. 41. (El texto del teólogo y cardenal alemán fue originalmente pronunciado en una conferencia del año 1965). Por otra parte, L.

«las consideraciones cristológicas del Autor de Camino tienen siempre como base la “contemporaneidad” de los acontecimientos redentores en la realidad viva de Cristo resucitado presente en la eucaristía»²⁸. Llevado del asombro ante tales paralelismos, P. Rodríguez escribe: «Para mí lo notable [...] es la fuerte conexión que Escrivá muestra tener, ya en los años 30, con importantes dimensiones del Movimiento litúrgico europeo»²⁹.

Si la liturgia es, ante todo, comunicación de vida, se explica que san Josemaría Escrivá lamenta su deformación en *ritualismo* o simple *ceremonia*, cuando se celebra como huida del mundo que no compromete el personal existir cotidiano: «Santurrón es a santo, lo que beato a piadoso: su caricatura»³⁰. La «beatería» implica, efectivamente, superficialidad, permanencia en la exterioridad y en la apariencia del fenómeno, sin adentrarse en el misterio que da vida; y olvida que, como recientemente ha recordado J. Ratzinger, «la liturgia me remite a la vida cotidiana, a mí en mi experiencia personal»³¹.

Reducida a rito, asumida de manera no auténtica, la liturgia se transforma en caricatura de sí misma, al margen de la realidad concreta de la personal existencia³². Se entiende, así, la queja de san Josemaría Escrivá ante el descuido de una verdadera piedad: «no quiero hablar —no debo: faltaría a la caridad— del ambiente *piadoso* ordinario en esas *funciones* (no, cultos) que llevan semejantes preparativos»³³.

Una inquietud similar se advierte en la obra de los pioneros del «movimiento litúrgico»: «toda una literatura [...] se complace en presentar, bajo el aspecto puramente estético, el movimiento del que hablamos. Sin duda, no sabríamos cómo estimular esta tendencia legítima; sin embargo, es muy secundaria y, acentuándola demasiado, se corre el riesgo de abonar el prejuicio según el cual la liturgia no

BOUYER, «La Maison-Dieu» 80 (1964) 242, opina que el corazón de la doctrina litúrgica del Concilio Vaticano II descansa sobre las enseñanzas de O. Casel.

28. P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 666.

29. P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, pp. 656-657. El autor se refiere a la convicción «mistagógica» de Josemaría Escrivá, pero su afirmación es también extensible al sustrato teológico.

30. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 408.

31. J. RATZINGER, *El espíritu...*, p. 80.

32. Cfr. P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 562.

33. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Instrucción* 9-I-1935; cit. en P. RODRÍGUEZ, p. 670.

tiene alcance ascético y sólo puede engendrar una piedad sentimental y artística, con la que la inteligencia y la actividad del alma abdican en provecho de un vago impresionismo y de emociones pasajeras y estériles»³⁴.

Escindido de la experiencia ordinaria, del existir cotidiano —ámbito donde la genuina piedad (la conciencia *litúrgica* de ser hijos del Padre, en Cristo, por el Espíritu Santo) se convierte en vida—, el *rito* se agosta, encerrado en sí mismo y transformado en *rutina*, «sepulcro de la verdadera piedad» según la gráfica expresión del Autor de *Camino*³⁵. La experiencia rutinaria malogra, en efecto, la vocación «eucarística» del existir cristiano hacia la total identificación ontológico-sacramental con el Verbo encarnado y su *misterio* primordial, el acontecimiento de la cruz: «¿La Cruz sobre tu pecho?... —Bien. Pero... la Cruz sobre tus hombros, la Cruz en tu carne, la Cruz en tu inteligencia. —Así vivirás por Cristo, con Cristo y en Cristo: solamente así serás apóstol»³⁶. Por ello, afirma J. Ratzinger: «Se puede, pues, hablar, en relación con el Beato Josemaría Escrivá, de un cristocentrismo acentuado y singular, en el que la contemplación de la vida terrena de Jesús y la contemplación de su presencia viva en la Eucaristía conducen al descubrimiento de Dios y a la iluminación, a partir de Dios, de las circunstancias del vivir cotidiano»³⁷.

Al contrario, cuando es comprendida en toda su hondura teológica y su celebración es «experiencia» viva que compromete la personal historia, la liturgia obra en los fieles el despliegue «eucarístico» de su existencia, hasta la cristificación completa —«alter Christus, ipse Christus»³⁸—; de manera que, «constituidos sacerdotes de la propia existencia»³⁹, conviertan todos los instantes de la jornada en una «eucaristía continua»⁴⁰.

34. L. BEAUDUIN, *La piedad de la Iglesia (La piété de l'Église. Principes et faits*, Louvain 1914): «Cuadernos Phase» 74, Barcelona 1996, p. 18.

35. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 551.

36. *Ibid.*, n. 929.

37. J. RATZINGER, *Mensaje inaugural, «Santidad y mundo. Estudios en torno a las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá»*, Pamplona 1996, p. 31.

38. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 96.

39. *Ibid.*

40. «¿No deberíamos convertir todo nuestro día en una Eucaristía continua?»: JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Sacerdote para la eternidad* (Homilía, 13-IV-1973): «Amar a la Iglesia», Madrid 1986, p. 80.

2. FUNDAMENTO LITÚRGICO DEL CAMINO: LA LITURGIA, MANANTIAL PRIMERO E INSUSTITUIBLE DE VIDA CRISTIANA

«Tu oración debe ser litúrgica. —Ojalá te aficiones a recitar los salmos, y las oraciones del misal, en lugar de oraciones privadas o particulares»⁴¹. El texto, programático, responde a la personal experiencia de san Josemaría Escrivá, nacida de la meditación asidua de las fórmulas del misal y de la liturgia de las horas.

En los años treinta, escribía: «ya no anotaré ningún salmo, porque habría de anotarlos todos, ya que en todos no hay más que maravillas, que el alma ve cuando Dios es servido»⁴². Tales meditaciones le llevaban a una oración íntima y profunda, como le sucedió ese mismo día: «después de considerar el Evangelio anotado anteriormente, me dio el Señor tal ímpetu, que anduve por la calle alabándole y en hacimiento de gracias por esos Santos Evangelios»⁴³.

El deseo expuesto por san Josemaría Escrivá en «Camino» recoge la preocupación original del primer «movimiento litúrgico», tendencia que, sin ser homogénea, pretendía «restablecer el culto divino en la pureza y plenitud que le son necesarias para proclamar la gloria de Dios e iniciar a los fieles en las riquezas del mundo de la gracia»⁴⁴. Y, en efecto, uno de los intereses fundacionales de aquella corriente eclesial era devolver a la liturgia su carácter original de fuente primordial de la espiritualidad cristiana; aspecto que, en opinión de P. Rodríguez, era en san Josemaría Escrivá «un movimiento espontáneo de su espíritu»⁴⁵.

41. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino* n. 86. Redactado en el segundo semestre de 1938, P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 296, piensa que, en su tenor literal, quizás se encuentren resonancias de una pasaje de la obra de J.B. CHAUTARD, *El alma de todo apostolado*, Valladolid 1927, p. 193: «la oración por excelencia, el canal preferido de la gracia, es la *oración litúrgica*, la oración de la misma Iglesia, más poderosa que la procedente de personas particulares [...] San Alfonso de Ligorio prefería una oración del Breviario a cien *oraciones privadas o particulares*». El libro, en su primera edición francesa, vio la luz 1914, siendo, por tanto, contemporáneo a la primera «controversia litúrgica».

42. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Apuntes íntimos*, n. 681 (3-IV-1932, Domingo de Ramos); cit. en P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 295.

43. *Ibid.*

44. Cfr. R. GUARDINI, *Ein Wort zur liturgischen Frage*, en *Líneas básicas del movimiento litúrgico*: «Cuadernos Phase» 64, Barcelona 1995, p. 19. El escrito, más conocido como *carta al obispo de Maguncia*, fue redactado por Romano Guardini en 1940, en defensa del «movimiento» durante uno de los periodos más álgidos de la *polémica litúrgica*.

45. P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 295.

Bien conocida es la polémica que esta doctrina provocó a comienzos de la segunda década del siglo XX. Efectivamente, la primera *controversia litúrgica* surgió en torno a la naturaleza de las relaciones entre celebración de culto y vida interior del cristiano. La crisis estalló con la publicación de un estudio que defendía que la liturgia es la genuina fuente de vida espiritual para todos los fieles de la Iglesia⁴⁶; tesis acremente contestada desde las filas de las llamadas «escuelas de espiritualidad»⁴⁷, a pesar de que, sólo unos años antes, hubiera sido ya enunciada por Pío X⁴⁸.

La réplica a las objeciones «espiritualistas» no se hizo esperar y, apoyada en el magisterio pontificio, fue llevada a cabo por L. Beauduin⁴⁹. En su disertación se encuentran expresiones que más tarde serían lugar común en la predicación de san Josemaría Escrivá: «[la liturgia] —escribe L. Beauduin— es la ley primordial de la santidad de las almas. Para todos, sabios e ignorantes, niños y hombres maduros, seculares y religiosos, cristianos del siglo XX, activos o contemplativos, *para todos los fieles de la Iglesia católica sin excepción*, la participación más activa y más frecuente posible en la vida sacerdotal de la jerarquía visible, según las modalidades establecidas por esta jerarquía en su canon litúrgico, constituye el *régimen normal e infalible*

46. M. FESTUGIÈRE, *La liturgie catholique. Esquisse d'une synthèse, suivie de quelques développements*: «Revue de Philosophie» 22 (1913) 692-886. El ensayo formaba parte de una serie de artículos de diversos autores sobre la «experiencia religiosa en el catolicismo». Particular interés reviste la búsqueda que M. Festugière afrontó acerca del fundamento antropológico y teológico de la relación entre «experiencia religiosa» —vida espiritual— y liturgia: cfr. A. GRILLO, *Introduzione alla teologia liturgica*, Padova 1999, p. 124. A este respecto, ya hemos considerado cómo, también para Josemaría Escrivá, la «experiencia» es una categoría teológica de primordial entidad.

47. Fundamentalmente desde las revistas «Études» y «La Civiltà Cattolica». Paradigmática y extrema fue la postura de J.-J. NAVATEL, *L'apostolat liturgique et le piété personnelle*, «Études» 137 (1913) 449-476, quien en su respuesta consideraba a la liturgia simplemente como la parte sensible, ceremonial y decorativa del culto, la expresión exterior del dogma y de la fe; llegando a afirmar, incluso, su papel ocasional y muy secundario en la obra misteriosa que abre el corazón de los hombres al evangelio.

48. «Siendo, en verdad, nuestro vivísimo deseo que el verdadero espíritu cristiano vuelva a florecer en todo y que en todos los fieles se mantenga, lo primero es proveer a la santidad y dignidad del templo, donde los fieles se juntan precisamente para adquirir ese espíritu en su primer e insustituible manantial, que es la participación activa en los sacrosantos misterios y en la pública y solemne oración de la Iglesia». (PIO X, *Tra le sollicitudini*, ASS 36 [1903-1904] 329-339, en «Cuadernos Phase» 112, Barcelona 2001, p. 36).

49. Acerca de esta figura señera de la Iglesia, considerado por muchos como el auténtico iniciador del «movimiento litúrgico», vid. L. BOUYER, *Dom L. Beauduin, un homme d'Église*, Paris 1964.

que asegurará, en la Iglesia de Cristo, una piedad sólida, sana, abundante y verdaderamente católica; que hará de nosotros, con toda la fuerza de la antigua y tan cristiana expresión, los hijos de nuestra Madre, la santa Iglesia»⁵⁰.

En este contexto, san Josemaría Escrivá propone un *camino* espiritual que tiene por fundamento la celebración de la liturgia: «—Pocas devociones y constantes», escribirá en una nota de comienzos de los años treinta, «—Mejor, frecuencia de sacramentos»⁵¹. El apunte, como subraya P. Rodríguez, contiene un *criterio de fondo*: «la espiritualidad del Autor [...] otorga la primacía, en la vida de piedad, no a las “devociones” sino a los “sacramentos”, es decir a la piedad que fluye de la esencia misma de la Iglesia y fecunda a esas otras devociones, pocas y constantes»⁵².

Efectivamente, para san Josemaría Escrivá, la oración litúrgica —sobre todo en su momento culminante, la celebración eucarística— no es sólo *fuerza temática* para la meditación, sino auténtica *raíz* de la vida espiritual. «En el corazón de la Iglesia y del “camino” —comenta P. Rodríguez, en una glosa al pensamiento del Autor— está la Santa Misa»; doctrina que, años más tarde, quedaría fijada en una expresión de gran hondura teológica: «la Misa, centro y raíz de la vida cristiana»⁵³.

Entre las pocas noticias explícitas de las lecturas de carácter espiritual y teológico de san Josemaría Escrivá, nos ha llegado la refe-

50. L. BEAUDUIN, *La piedad de la Iglesia (La piété de l'Église. Principes et faits*, Louvain 1914), «Cuadernos Phase» 74, Barcelona 1996, p. 15. También para Josemaría Escrivá la expresión «nuestra madre, la santa Iglesia» será una constante en su predicación: «¡Qué alegría, poder decir con todas las veras de mi alma: amo a mi Madre la Iglesia santa!»; JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino* n. 518; «maternidad» que el Autor ve realizada ante todo en la liturgia sacramental y especialmente en la eucaristía: cfr. P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, pp. 645 y 650.

51. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *octavilla*, AGP, sec A, leg 50-13, carp 2, exp 5; cit. en P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, pp. 682-683. La afirmación se encuentra en el interior de un breve esquema de charla de formación a un grupo de chicas jóvenes y su contexto es muy interesante: «un fin tienen estas charlas: que seáis piadosas, con *piedad que no se acatarte...*». Tal doctrina quedará recogida, posteriormente, en JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino* n. 552: «Ten pocas devociones particulares, pero constantes»; a partir de una redacción procedente del año 1933: JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Apuntes íntimos (Cuaderno VI)*, n. 1075 (6-XI-1933). Cfr. P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 682.

52. P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 683.

53. Cfr., por ejemplo, JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa* n. 102. Una formulación paralela se encuentra en el Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium* n. 10: «liturgia, culmen et fons».

rencia de una obra anónima, escrita por un sacerdote francés durante la Gran Guerra (1914-1918) y publicada en 1935: «como lectura espiritual» —se lee entre sus notas de los ejercicios espirituales realizados en Pamplona en 1938— «he tomado uno de los libros que me preparó el Sr. Obispo [Marcelino Olaechea]: *Ma Messe. Mon breviáire. Mon oraison*, publicado por «Archiconfrérie de l'Évangile dans la Vie. 18, Rue d'Armaill'e, Paris-17». Apunto detalladamente, porque quiero comprarlo más adelante. Es el libro que yo buscaba, hace años, para embeberme en la liturgia de la Santa Misa. Hago esta afirmación, que espero no rectificar, cuando sólo he leído los preliminares»⁵⁴.

La obra contenía, efectivamente, consideraciones muy concordes con la experiencia de san Josemaría Escrivá: «la Messe est au centre de ma vie sacerdotale [...] J'ai là une preuve de cette verité, que je peux ramener toute ma vie spirituelle à ma Messe, tout faire converger vers ce centre et y puissier tout ce qui fait l'union à Dieu et la saintité»⁵⁵. La afirmación de la centralidad de la eucaristía en la vida espiritual fue, sin duda, una de las características más significativas de la renovación propuesta por el movimiento litúrgico. Tal actitud se advierte ya, de manera muy marcada, en la obra pionera de la corriente.

En su crítica a la *hipertrofia* «sentimentaloide» y «psicologizante» de cierta espiritualidad propia de la época, L. Beauduin observaba: «la piedad del pueblo cristiano y, en consecuencia sus acciones y su vida no descansan de manera suficiente sobre las verdades fundamentales que constituyen el alma de la liturgia: la destinación de todas las cosas a la gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; la

54. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Apuntes íntimos*, n. 1424, cit. en P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 646, quien afirma que «no sabemos nada más de este libro en la vida de Josemaría Escrivá, qué impresión sacó de su lectura, si efectivamente lo compró. En todo caso no está entre los libros que quedaron de aquellos años».

55. A.M.D.A., *Ma Messe. Mon breviáire. Mon oraison*, Paris 1935, pp. 11 y 163. P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, pp. 646-647, confirma que «es un libro altamente piadoso, de una teología sólida y contemplativa»; y explica que «el "Bulletin Paroissial Liturgique" (Abbaye de Saint-André par Lophem-les-Bruges, Belgique) en su numero de agosto y en una recensión de ocho páginas dice del autor que tiene "una attitude d'âme digne de la plus antique tradition chrétienne", y del libro que "prouve clairement combien les grands principes de la Liturgie sont les «sources du véritable esprit chrétien»»; afirmación esta última que recoge, explícitamente, la doctrina ya comentada de Pío X. El tenor de la obra manifiesta, sin duda, que el joven sacerdote que la redactó estaba, de algún modo, relacionado con el incipiente «movimiento litúrgico».

mediación necesaria y universal de Jesucristo; el lugar central del santo Sacrificio eucarístico en la vida cristiana; la misión de la jerarquía en nuestra unión con Dios; la realización visible de la Comunión de los Santos»⁵⁶.

La conciencia del carácter fontal y culminante de la eucaristía en la vida del cristiano llevó a san Josemaría Escrivá a reconocer en la *participación litúrgica*, que denomina «asistencia consciente»⁵⁷, la primera y primordial exigencia de la verdadera piedad: «el cristiano que se aísla en una piedad privada, no participa como conviene de la corriente santificadora de la Iglesia»⁵⁸.

La afirmación, rotunda, es una clara muestra de la profunda sintonía del Autor con los fermentos de renovación litúrgica. Efectivamente, en opinión de A. M. Triacca, «el *movimiento litúrgico clásico*, en sus instancias más genuinas, orienta sus esfuerzos hacia la obtención de una participación verdadera y consciente de los fieles en la liturgia»⁵⁹.

Para comprender la novedad de la doctrina expuesta por san Josemaría Escrivá, debe tenerse en cuenta el contexto eclesial de su formulación. En efecto, a finales de los años treinta, antes de la publicación de las encíclicas *Mystici Corporis* (1943) y *Mediator Dei* (1947) —documentos que sientan las bases de los posteriores desarrollos magisteriales—, la *praxis* litúrgica secularmente en uso había terminado por convertir la celebración del culto en una tarea casi exclusivamente *clerical*, donde los fieles, en el mejor de los casos, quedaban reducidos al papel de meros espectadores.

Una anotación de gran fuerza expresiva, procedente del año 1938, muestra adecuadamente la *nueva sensibilidad* que manifiesta el Autor de «Camino»: «¡Catedral de Burgos! Mucho clero: el arzobis-

56. L. BEAUDUIN, *La piedad de la Iglesia (La piété de l'Église. Principes et faits*, Louvain 1914), «Cuadernos Phase» 74, Barcelona 1996, p. 19. Sorprende la confluencia de las verdades esenciales de la liturgia enunciadas por el teólogo belga, con la dinámica de la vida cristiana —Iglesia, eucaristía, comunión de los santos (cfr. P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 645)— propuesta por Josemaría Escrivá en el proceso de cristificación encaminado a la gloria de Dios.

57. Usualmente, esta es la expresión utilizada por el Autor: cfr. P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 657.

58. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, AGP, sec A, leg 50-4, carp 5, exp 4, ficha 35; cit. en P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 657. Redactada en un contexto eucarístico, la ficha procede de finales de los años treinta.

59. A.M. TRIACCA, *Participación...*, p. 1555.

po, el cabildo de canónigos, los beneficiados, cantores, sirvientes y monagos... Magníficos ornamentos: sedas, oro, plata, piedras preciosas, encajes y terciopelos... Música, voces, arte... Y... ¡sin pueblo! Cultos espléndidos, sin pueblo. Catedral de Burgos»⁶⁰.

La queja atañe, como es obvio, a la falta de comprensión de la naturaleza del ser cristiano que evidencia la lejanía del *pueblo* de las fuentes de vida espiritual. San Josemaría Escrivá no prejuzga en modo alguno la validez de la praxis de la denominada «Misa sin pueblo», que poco tiempo después sería magisterialmente refrendada en la encíclica *Mediator Dei*⁶¹. Más aún, el Autor es plenamente consciente de que, *sensu stricto*, más allá del fenómeno, no hay teológicamente hablando celebración litúrgica *sin pueblo*, ya que en la eucaristía acontece sacramentalmente la plenitud del culto histórico, cosmológico y escatológico: «cuando celebro la Santa Misa con la sola participación del que me ayuda, también hay allí pueblo. Siento junto a mí a todos los católicos, a todos los creyentes y también a los que no creen. Están presentes todas las criaturas de Dios —la tierra y el cielo y el mar, y los animales y las plantas—, dando gloria al Señor de la Creación entera. Y especialmente, diré con palabras del Concilio Vaticano II, nos unimos en sumo grado al culto de la Iglesia celestial»⁶².

San Josemaría Escrivá entiende que la participación en el culto no es un privilegio, sino una exigencia que brota del mismo ser de la liturgia. Todo en la celebración debe, por tanto, facilitar esta tarea, desde la implicación directa de los fieles en las oraciones y ritos: «la Santa Misa... Asisten los ángeles... ¿Y los hombres? fuera el libro de Misa, si no es un Misal litúrgico»⁶³; hasta la disposición del espacio litúrgico: «[Sevilla] Visito la catedral [...] Es grandiosa. Lástima de

60. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Apuntes íntimos*, n. 1590 (26-X-1938); cit. en P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 657.

61. Cfr. Pío XII, Litt. enc. *Mediator Dei* (20-XI-1947): «Acta Apostolicae Sedis» 39 (1947) 521-600; en «Cuadernos Phase» 122, Barcelona 2002, n. 103, p. 39.

62. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Sacerdote para la eternidad...*, p. 77.

63. ID., *Ejercicios espirituales* (Madrid enero 1935), meditación «la Sagrada Eucaristía», guión 44; cit. en P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, pp. 657-658. Por el «libro de Misa» deben entenderse aquellos devocionarios y libros de espiritualidad, muy difundidos en la época, que eran meditados privadamente durante la celebración como alternativa piadosa a una participación activa y directa. El «Misal litúrgico» alude, por el contrario, a los llamados «misales de fieles», que —promovidos por espíritus afines al «movimiento litúrgico»— permitían a los fieles seguir los ritos y dialogar las oraciones con el sacerdote.

coro en medio, y de presbiterio enjaulado, aunque la jaula de hierro dorado sea magnífica: no dejarán participar del culto más que a los privilegiados»⁶⁴.

Para el Autor de «Camino», la liturgia posee un acendrado carácter «mistagógico»: vivida con autenticidad, la celebración constituye la más elocuente catequesis del misterio: «me viste celebrar la Santa Misa sobre un altar desnudo —mesa y ara—, sin retablo. El Crucifijo, grande. Los candeleros recios, con hachones de cera, que se escalonan: más altos junto a la cruz. Frontal del color del día. Casulla amplia. Severo de líneas, ancha la copa y rico el cáliz. Ausente la luz eléctrica, que no echamos en falta. —Y te costó trabajo salir del oratorio: se estaba bien allí. ¿Ves cómo lleva a Dios, cómo acerca a Dios el rigor de la liturgia?»⁶⁵.

Ahora bien, cuando se examina de cerca el pensamiento de san Josemaría Escrivá, se advierte que su noción de *participación litúrgica* va más allá de todo posible reduccionismo catequético, para constituir una realidad ontológica, intrínseca tanto al *ser* cristiano, como al ser de la liturgia. Así, refiriéndose a la celebración eucarística escribe a finales de los años treinta: «el sacrificio es ofrecido a Dios juntamente por el sacerdote y los fieles [...] Los fieles son oferentes y ofrendas al mismo tiempo: ofrecen a Dios el sacrificio de Cristo, y se ofrecen con Cristo, de modo que es el sacrificio de Cristo y de todos»⁶⁶.

El texto encierra un hondo significado teológico. San Josemaría Escrivá no entiende la participación litúrgica en un sentido sociológico o funcionalista. Al contrario, la contempla como consecuencia y exigencia, a un tiempo, de la dimensión sacerdotal primigenia del *ser* del cristiano que, por el bautismo, es «constituido en sacerdote de la propia existencia»⁶⁷. Se trata, en definitiva, del «ejercicio» de un *ius nativum*⁶⁸: la condición sacerdotal adquirida por la configuración ontológica con Cristo, acaecida sacramentalmente en los misterios de iniciación.

64. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Carta* (19-24 de abril de 1938): AGP, RHF EF-380419-2.

65. ID., *Camino* 543.

66. ID., AGP, sec A, leg 50-4, carp 5, exp 4, ficha 35; cit. en P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 657.

67. Cfr. ID., *Es Cristo que pasa*, n. 96.

68. A. M. TRIACCA, *Participación...*, p. 1561.

Pese a su honda raigambre bíblica y patristica, fundada en la unidad indisoluble del Cuerpo de Cristo: *Christus totus*⁶⁹, y en el consiguiente carácter sacerdotal de todos los bautizados-confirmados por su participación sacramental en el misterio del único «mediador»: *sacerdocio común*⁷⁰, esta doctrina resultaba ciertamente novedosa en el momento de su redacción.

Así entendida, en su sentido teológico radical, la *participación litúrgica* se convierte, de hecho, en el principio que articula la integración de las tres dimensiones que, según se ha ya mencionado, configuran a la liturgia: misterio, celebración y vida. En la espiral del flujo y reflujo entre *misterio-celebración-vida* y *vida-celebración-misterio*, la participación juega el papel de «catalizador»⁷¹. En efecto, sólo mediante la participación en la celebración el misterio se hace vida en el fiel y, a la inversa.

Cumbre de la participación litúrgica es la *comunión* sacramental con el Cuerpo y Sangre de Cristo. Por eso el Autor es un defensor de la comunión eucarística frecuente y diaria, praxis que, pese a los esfuerzos y orientaciones de Pío X⁷², todavía estaba poco extendida en los años treinta, incluso entre cristianos piadosos: «¡Cuántos años comulgando a diario! —Otro sería santo —me has dicho—, y yo ¡siempre igual! —Hijo —te he respondido—, sigue con la diaria Comunión, y piensa: ¿qué sería yo, si no hubiera comulgado?»⁷³.

Este *alejamiento eucarístico* era consecuencia de algunos «resabios» jansenistas en la formación espiritual de los fieles; con la consecuencia de un rigorismo que, más que nada, manifestaba un desconocimiento de la verdadera teología del culto⁷⁴. Por ello, el Autor

69. Vid. CEC 1136: «la liturgia es “acción” del “Cristo total” (*Christus totus*)»; y CEC 1140: «es toda la *comunidad*, el *Cuerpo de Cristo unido a su Cabeza* quien celebra».

70. «La asamblea que celebra es la comunidad de los bautizados que, “por el nuevo nacimiento y la unción del Espíritu Santo, quedan consagrados” (LG 10) [...] Este “sacerdocio común” es el de Cristo, único Sacerdote, participado por todos sus miembros (cfr. LG 10; 34; PO 2)»: CEC 1141.

71. Cfr. A. M. TRIACCA, *Participación...*, p. 1562.

72. Cfr. SAGRADA CONGREGACIÓN DEL CONCILIO, Decreto *Sacra tridentina Synodus* (20-XII-1905): ASS (1905) 400-406.

73. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 534.

74. A esta circunstancia hace referencia el documento de la Sagrada Congregación del Concilio, decreto *Sacra tridentina Synodus* (20-XII-1905): ASS (1905) 400-406; emanado por mandato de Pío X.

advierde: «Se quedó para ti. —No es reverencia dejar de comulgar, si estás bien dispuesto. —Irreverencia es sólo recibirlo indignamente»⁷⁵.

Por otra parte, como resultado de su comprensión profunda de la naturaleza del misterio eucarístico —«*el sentir de la Liturgia*», según sus propias palabras⁷⁶—, san Josemaría Escrivá será, desde los primeros años de su sacerdocio un decidido defensor de la praxis de la comunión «dentro» de la Misa, con formas consagradas en la misma celebración: «La comunión dentro de la Misa es la regla, no la excepción. Intra Missam, con hostias ofrecidas y consagradas en la Misa. “Lo que Dios ha unido no lo separe el hombre”. Sacrificio unido al sacramento. ¿Por qué separarlo sin causa razonable?»⁷⁷.

Esta doctrina, auspiciada por el «movimiento litúrgico» y sancionada años más tarde por Pío XII⁷⁸, sería para san Josemaría Escrivá criterio formativo para aquellas personas que se acercaban a sus apostolados ya a comienzos de los años treinta: «[los fieles del Opus Dei] ordinariamente recibirán la Sagrada Comunión dentro de la Misa, porque ése es el sentir de la Liturgia»⁷⁹. El Autor, sin embargo, no quiso reflejar esa costumbre en las páginas de *Camino*, probablemente para no dar pie a un «escándalo» de pusilánimes, a causa de la gran extensión de la praxis contraria⁸⁰.

75. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 539. Vid., también: «Comulga. —No es falta de respeto. —Comulga hoy precisamente, cuando acabas de salir de aquel lazo. —¿Olvidas que dijo Jesús: no es necesario el médico a los sanos, sino a los enfermos?»; JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 536.

76. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Cuaderno V*, n. 496, 23-XII-1931; cit. en P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 438.

77. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, AGP, sec A, leg 50-4, carp 5, exp 4, doc 29; cit. en P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 446. En un guión de formación para estudiantes, impartido en el curso 1933-34, el Autor prevé exponer el fundamento histórico de la acertada praxis caída en desuso: «*Primeros cristianos —Quejas de San Pablo —Enfriamiento —Pío X Participación del sacrificio (com[unión] después que el sac.[erdote] intra missam)*»; JOSEMARÍA ESCRIVÁ, AGP, sec A, leg 50-13, carp 4, exp 1, guión 11, sin fecha; cit. en P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 446.

78. Pío XII, Litt. enc. *Mediator Dei*, AAS 39 (1947) 563s.

79. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Cuaderno V*, n. 496, 23-XII-1931; cit. en P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 438. Vid., también, «los nuestros deberán comulgar dentro de la Misa y con Hostias consagradas en la Misa»; JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Apuntes íntimos*, n. 814 (23-IX-1932); cit. en P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 440.

80. Ésta es, al menos, la opinión de P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 438. Así, en el convento de Santa Isabel, donde era ¿capellán?, el Autor daba la comunión a las monjas antes de celebrar la Misa: «*después de dar la sagrada Comunión a las monjas, antes de la santa Misa*»; JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Cuaderno V*, n. 606 (16-II-1932), cit. en P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 720; «*esta mañana, al cerrar el Sagrario después de la Comunión y antes de*

3. UNA CONCLUSIÓN ABIERTA

El análisis de los principios litúrgicos expuestos por san Josemaría Escrivá en los años de redacción de *Camino* muestra una coincidencia de fondo con la teología del culto y los fines pastorales propuestos por el movimiento litúrgico. A modo de ejemplo, el gran impulsor de esa corriente, sintetizaba así, ya en 1914, sus intenciones: «*actos de culto*: en este ámbito, los miembros del movimiento litúrgico desean contribuir con todas sus fuerzas a lograr los siguientes resultados: 1) hacer participar activamente al pueblo cristiano en el Santo Sacrificio de la Misa, comprendiendo y siguiendo sus ritos y los textos litúrgicos; 2) [...] contribuir, en cuanto les concierne, a la restauración de los cantos litúrgicos colectivos en las asambleas de los fieles; 3) Iniciarse y asociarse a los ritos de los Sacramentos que uno debe recibir o a los que uno asiste y cooperar a hacerlos comprender a los demás. *Fuera de los actos de culto*: piedad 1) conseguir que el pueblo cristiano valore las grandes épocas litúrgicas tradicionales: Adviento, Tiempo de Navidad, Cuaresma, Tiempo pascual, Octavas de las fiestas, solemnidades de la Santa Virgen, de los Apóstoles, de los Santos misioneros de nuestras regiones; 2) Utilizar, preferentemente, para los actos cotidianos de piedad privada, meditación, lecturas, etc. las enseñanzas de la liturgia cotidiana, los salmos, los otros libros litúrgicos, los dogmas fundamentales del culto católico; 3) Revitalizar y purificar las devociones por las que siente estima el pueblo cristiano, alimentándolas más en el manantial de la liturgia. *Artes*: 1) procurar a los artistas, llamados a ejercer un arte sagrado (arquitectura, escultura, pintura, etc.) una formación que les dé a conocer el espíritu y las reglas del culto de la Santa Iglesia»⁸¹.

Careciendo de datos más precisos y concretos, cabe suponer que tal afinidad, brotaba de una «sintonía» espiritual, nacida de la personal experiencia litúrgica del Autor, y consecuencia de un mismo y ardiente amor por la Iglesia y su liturgia.

comenzar la Santa Misa», JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Cuaderno V*, n. 724 (13-V-1932); cit. en P. RODRÍGUEZ, *o.c.*, p. 735.

81. L. BEAUDUIN, *La piedad de la Iglesia...*, pp. 43-44.